

# Las otras violaciones

ANGEL  
PALOMINO



María Jesús, bella y joven ayudante de laboratorio, aparece violada, desnuda en la carretera de La Coruña y es recogida por un samaritano casual que hubiese preferido pasar de largo. Otras mujeres son igualmente ultrajadas y apaleadas por un insólito criminal cuya identidad desvela Ángel Palomino desde el principio renunciando al fácil juego del misterio y las interpretaciones freudianas de este personaje que caza mujeres como un «homo matritensis» del paleolítico.

Para María Jesús, Carmina, doña Dori, Vera, la violación es un accidente fortuito. Después, la sociedad, las leyes, la familia misma someten a las violadas a una sucesión de atropellos inexcusables: son «las otras violaciones».

Un río de personajes vivísimos, Sisí *the Vicious*, don Fruela, marido de una violada, *el Feto*, delincuente juvenil, banqueros, estudiantes, empresarios, componen una muestra fiel de la España que estamos viviendo, retratada por Ángel Palomino con excepcional calidad literaria. La ley es, quizás, el personaje fundamental: «Exigir que se cumpla la ley —dice el violador—; en la ley está nuestra mejor protección».

*Las otras violaciones* es una gran novela —posiblemente la mejor de Ángel Palomino— y una tremenda denuncia en la que el humor actúa con eficacia a veces espeluznante.

## I

Oscila ante sus ojos. Levemente. Es de oro, o lo parece, un arete de oro. María Jesús lo mira, toda María Jesús es esa mirada desvalida: si la fija un poco más allá del arete, la imagen se desenfoca, el círculo de oro se duplica y se difumina en dos aros borrosos y al otro lado él, es él, no cabe duda, no hay esperanza, él con la navaja, «la cobra» dice, aprieta un botoncito y la hoja de acero se esconde en la empuñadura, lo aprieta otra vez y la hoja, ¡clac!, aparece, surge toda, de golpe, es tan rápido que no se la ve salir, ¡clac! y está allí, llenándolo todo de navaja, eso es lo que ve María Jesús al otro lado del arete de oro que brilla menos en la doble imagen, la navaja y las dos lunas negras, duras, no parecen de cristal, son como dos pantallas de televisor apagado, quietas, duras, sin transparencia, podrían ser de ágata o de ónix, iguales, inmóviles, simétricas, sí es él, *el Hombre de las Gafas Negras*.

—Vamos, pequeña, inténtalo otra vez.

María Jesús aprieta el bolígrafo entre los dedos y otra vez el arete es uno y es de oro, está casi inmóvil pendiente del hilo, sí, inténtalo, voy a intentarlo y no acertaré. María Jesús levanta la mano, contiene la respiración, el bolígrafo no tiembla, lo tranquila que estoy, parece de oro el bolígrafo también, vamos, ahora puedes conseguirlo.

María Jesús dirige la punta del bolígrafo, así, ni de prisa ni despacio, hacia el centro del arete de oro, y *el Hombre de las Gafas Negras* mueve ligeramente el hilo.

—Vaya, pequeña, fallaste también ahora. ¿Quieres probar otra vez?

—Quiero irme, señor.

—No se trata de eso, olvida lo que quieres o no quieres, esto es lo que importa, el bolígrafo y el arete: debes introducir el bolígrafo en el arete. Y no me llames señor.

—Quiero irme, cabrón.

Ha sido como un relámpago, todo al mismo tiempo, ¡clac!, la hoja de acero se ha escondido en la empuñadura, la navaja al suelo, la mano veloz, como un látigo, la bofetada y un punto de sangre en el labio carnosos de María Jesús. Las dos lunas negras apenas se han movido, el hilo tampoco, el arete continúa, más o menos en el mismo sitio, oscilando apenas y María Jesús se pregunta cómo es posible que no esté gritando, ahora debería chillar, pedir auxilio, pero no es posible, ¡clac!, «la cobra» ha reaparecido, mírala, pequeña, es como la Guardia Civil, respetable, fiel y segura, mantiene escrupulosamente el orden; como alces la voz sentirás su sabor en la garganta, yo degüello cuando me llevan la contraria o alguien alborota a mi lado —es como una voz en *off*, monótona, fríamente descriptiva—, con que vas a seguir callada, nos conviene, pequeña.

El aro se ha detenido.

—Qué, ¿pruebas otra vez? Anda, convéncete.

—No.

—¿Ya estás convencida?

—¿Convencida de qué?

—Mira.

*El Hombre de las Gafas Negras* tiende la mano; es el bolígrafo, lo quiere, María Jesús se lo da y él lo hace avanzar lentamente hacia el arete de oro y el bolígrafo penetra por el hueco sin dificultad, una y otra vez.

—Anda, hazlo tú, pequeña.

—No lo conseguiré; moverás el anillo y no lo conseguiré.

—¿Estás convencida?

—Sí, señor.

—No me llames señor.

—Sí...

—... no me llames cabrón.

—Bueno, sí.

—Ya lo has visto; nadie mete nada en un agujero si el agujero no se está quieto; fíjate bien en lo que te digo porque ahora van a empezar a pasar cosas y todo depende de ti.

¡Clac, clac!, la hoja de la navaja se esconde y vuelve a salir, como un relámpago. María Jesús sólo ve la navaja y la mirada de piedra negra; el anillo, tirado en la moqueta, vacío, quieto, tiene más vida que los dos cristales helados.

—Ahora que lo has entendido y lo sabes puedes elegir, pequeña; tal como estás pensando desde que hemos empezado nuestra pequeña aventura voy a violarte y tú eres el anillo; si tú no quieres, yo no podré hacerlo, es imposible; ni atándote podría inmovilizarte lo bastante como para conseguir ver realizados mis bestiales propósitos. Si aceptas que es mejor poder contarlo, que de nada sirve poner pegas, me evitarás un mal rato —la punta de la navaja roza la piel del cuello—, tendría que inmovilizarte para siempre, eso es lo único que sacarías en limpio, un sabor a acero, anda, pues es verdad, sabe a acero, eso dirías, quiero decir eso pensarías. Y después, nada, lista para la autopsia en el ¿cómo se llama?... lo tengo en la punta de la lengua, hombre, si viene en el periódico todos los días, ese sitio donde llevan a los muertos; en las películas se llama «la Morgue», ¡ah, sí! el Instituto Anatómico Forense; ahí es donde irías a parar con tu virginidad intacta, te lo prometo, yo no soy de esos bestias que primero las matan y luego las violan, no lo entiendo, violar a una muerta, hace falta ser degenerado, no me cabe en la cabeza, ¿cómo podrán?, tienen que estar enfermos. Aunque, quién sabe, a lo mejor es falta de cultura, o que no se han planteado el tema correctamente; yo les quitaría esa costumbre malsana sencillamente con una palabra; cadáver, suena mal, ¿eh?: oye, loco, ¿te das cuenta? ¡es un cadáver! ¿puedes hacer eso con un cadáver?; es-

toy seguro de que se les quitaban las ganas para siempre.  
¿Me oyes?

La punta de la navaja se hace sentir un poco más; María Jesús tiene la cara levantada, los ojos muy abiertos, las manos crispadas. Y llora sin gemidos, sin gestos; el llanto mana temeroso, se remansa en el párpado, crece, crece y rebosa; una lágrima sale del ojo izquierdo y rueda por la mejilla; la otra, del ojo derecho, corre por el pliegue de la nariz, desciende, pasa de un labio a otro y María Jesús siente deseo de sorberla, quedarse con ella, pero, sin motivo alguno, piensa que al *Hombre de las Gafas Negras* puede contrariarle que ella se beba sus propias lágrimas y la deja correr.

—¿Me oyes?

—Sí.

—Pues eso, yo no quiero un cadáver, te quiero viva y quiero que recuerdes el anillo, tú eres el anillo y estoy a tu merced, pequeña, débil mujer, si tú no quieres, yo no podré violarte. Si te estás quietecita, te hablaré dulcemente, seré como «Transportes Fernández», ¿has visto el anuncio? «Transportes Fernández: Rápido, limpio y seguro»; pero si te empeñas en defender tu virginidad, *el Hombre de las Gafas Negras* te proporcionará una muerte heroica: muerta en defensa de su honra. Comprende, pequeña, que en estos tiempos suena como muy cateto, no hay sitio para las vírgenes en los altares, ya ocupó tu vacante María Goretti; anda, colabora, *be you lovable, mon amour*, ¡déjate caer hacia atrás!

La punta de la navaja presiona lo justo mientras María Jesús cede lentamente hasta dar con la espalda en tierra. La casa es un chalet medio arruinado, devastado por muchos años de abandono; María Jesús siente algo duro, una piedra, un trozo de baldosa, se le incrusta en la espalda, y no lo elude, no quiere evitarlo, desea ese dolor que es suyo, creado por ella misma, aceptado, como preparándose para aceptar el otro, el que anuncia esa voz de comediante

malo; película de terror, a eso juega este bestia, es un juego, pero lo que dice va a ocurrir, inevitablemente, es un loco, un maníaco sexual. Maníaco sexual; cuando lo lees en la prensa parece otra cosa, desagradable, sí, aunque no más que el terremoto de Turquía, la epidemia de gripe o el golpe de estado de África, pero éste es real y está aquí, María Jesús; es capaz de matarme, es absurdo, no puedo aceptarlo, no quiero ser una mártir, pero algo tengo que hacer, no es la virginidad lo que me importa, pero soy virgen y a este marrano le importa mucho ser él quien me lo quite, o me dejo o me corta el cuello, haz algo, dile algo, ahora mismo, *el Hombre de las Gafas Negras* está ya hurgando en la ropa, díselo en seguida.

—Yo no soy virgen y, asustada, añade:

—Que conste.

Augusto Merlo vuelve contento; un triunfo, sí, señor, Ávila, increíble, una ciudad preciosa para la Historia y todo eso, pero un hueso comercial, dormida en la Historia, pequeña, antigua; el director me lo planteó como una patada en la boca, O. K., Merlo en vista de tus éxitos fulgurantes en Córdoba hemos decidido que un hombre como tú merece ser utilizado a fondo; vamos a ver si eres capaz de derribar murallas; tu objetivo es la conquista de Ávila. Estuve a punto de echarme a llorar, eso no es justo, así se desmoraliza cualquiera.

—¿Pero no te das cuenta, Merlo? Eso que has hecho en Córdoba está muy bien; en dos meses nos traes un incremento del veintitrés por ciento, pero Ávila es tierra virgen, no la hemos tocado, ¡nadie la ha tocado!

Bueno, visto así a lo mejor aquel cabestro tenía razón; lo de Córdoba era patalear caminos hechos, ensancharlos; pero en Ávila todo estaba por hacer, y en una semana he organizado ¡sesenta puntos de venta!, qué digo una semana, en cinco días, y ahora a casita, a descansar. La carretera

está muy solitaria, aunque la soledad no excluye el sobresalto: ese tío, será desgraciado, me pasa con un «mini» por la derecha sin avisar y ahora se me pone delante. ¡Y ahora, esto!

El «mini» amarillo ha hecho un adelanto ilegal y chapucero. Augusto es respetuoso con el código de circulación; va a cien —velocidad máxima permitida— por el carril central, carretera de La Coruña abajo, ya ha pasado la salida a Las Matas y el «mini» lo adelanta por la derecha, se pone en el mismo carril, en el centro, y reduce velocidad. Ese tío es un gamberro, un gamberro con sombrero, será memo, en un «mini» que pega con el güito en el techo, y voy a tener que adelantarle, nos ha puesto a setenta.

Augusto le da dos avisos con la luz larga. Extraña pareja, él con sombrero y ella parece que va desnuda. ¡Y va desnuda! Al adelantarlos mira con gesto acusador al del «mini», y entonces lo ve muy fugazmente, el sombrero encasquetado y unas gafas oscuras, grandes; y al lado, ella, cara blanca, mirada mísera y los brazos desnudos, las manos abiertas cubriendo la carne blanca, blanca la piel, blanco el mirar apaleado. No es posible, habré visto mal, llevará uno de esos vestidos sin hombreras, todo escote, *palabra de honor* los llaman, y ahora me adelanta otra vez, son dos locos, pues sí que tengo suerte, en cuanto vea a una pareja de motoristas de Tráfico se lo digo, ya lo tengo delante otra vez, y a ochenta, me va a dar la noche este par de cabras, y ahora saca un brazo; ¿que pare? ¿eso quiere decir que pare?, su padre va a parar, le paso otra vez.

Y así tres veces hasta que el señor del sombrero consigue que Augusto Merlo, después de adelantar, pase a la derecha y se arrime al arcén. El «mini» se detiene a su lado y el de las gafas resulta ser un tipo educadísimo, un ángel de la carretera, ciudadano ejemplar, hombre abnegado que se acerca, abre la portezuela y mete su cabezota siniestra, sombrero, gafas negras y voz suave:

—Perdone, señor, por la molestia; no sabía cómo llamar su atención, pero es que lleva usted rota la matrícula de atrás y un piloto; ¿lo sabía?, ¿puedo ayudarle en algo?

Augusto no sabe qué cara poner, se siente muy culpable; no son locos, me querían ayudar y pensé lo más absurdo, que eran dos locos; yo sí que soy un imbécil, qué pensarán de mí.

—A lo mejor lo sabía usted y le estoy haciendo perder el tiempo, pero mi mujer ha insistido, por la policía, pueden denunciarle, bueno, en cualquier caso yo pienso que esto es lo que debe hacerse, avisar, es lo correcto; usted lo sabía, ¿no?

—No, no, muchas gracias, ni idea; no sabe cómo se lo agradezco.

Augusto Merlo sale de su coche, sonrío deseoso de hacerse perdonar. Va hacia atrás y siente miedo, ya no hay duda, el del sombrero es un loco, no hay ningún desperfecto en el coche. Esto por pararte, infeliz, en la carretera no hay que parar para nadie, a ver si va a ser un atraco, válgame Dios; no es un atraco, ¿no te digo? como una cabra está ese tío. El «mini» arranca y se larga a toda velocidad y cuando Augusto se pregunta desconcertado si no será mejor esperar un rato en el arcén hasta que vea venir otro coche, sí, eso es, voy a dejarlos, mejor perder un cuarto de hora tranquilo, me meto ahí dentro, me encierro con los pestillos echados y espero hasta que venga alguien más mientras esa pareja se aleja, que cojan a otro para sus juegos nocturnos. ¡Pero, bueno, esto no! Al dar la vuelta para abrir, la descubre de pronto; es como un fantasma brotando de la oscuridad misma, la sorpresa impensable, no, no me lo creo, esto sólo ocurre en las películas, y tiene que ocurrirme a mí; lo cuento y nadie lo cree, me va a pasar como a esos que ven un platillo volante, la gente lo toma a cachondeo, es mejor no contarle: la mujer desnuda está ahí, la ha dejado en tierra. La mujer desnuda, completamente desnuda, es como un *gouache* lechoso, desdibuja-

do, un escorzo huidizo; está abriendo el coche y desaparece como el conejo blanco en la chistera, un escamoteo; pero no se ha perdido en la cuarta dimensión de los magos de circo: está dentro, maldita sea.

—Oiga, salga de ahí...

El rostro blanco, la blanca mirada, los brazos cruzados sobre el pecho protegiendo los senos, oye no está mal, y una voz llorosa:

—Me ha violado, me ha violado, por favor, lléveme a Madrid.

El «mini» ha desaparecido, ahora todo parece más claro, y peor; conque es un violador y aquí me deja a la violada, ¿será bestia? ¿y qué hago yo a las tres de la mañana con una chica en pelota aquí? Y no pasa ni un alma, ¿no será una trampa?; aquí están pasando cosas muy raras, y muy bien hechas, me paran, el cambiazo, a ver si esta víctima me quiere chantajear y todo es un montaje para sacarme dinero amenazándome con decir que la tengo prisionera, que el violador he sido yo.

—Oiga, señorita, yo lo siento...

—Por favor, por favor...

—Mire, tengo mucha prisa y no la conozco de nada, lo siento mucho, salga ahora mismo y lo que tenga que decir me lo dice fuera; si le parece mal, peor para usted pero compréndalo, se ha metido en mi coche desnuda, póngase en mi caso y salga de ahí ahora mismo.

—Me llamo María Jesús Nola Ruiz, vivo en Vallehermoso, cerca de Cea Bermúdez, donde el Parque Móvil, por Dios, créame, era *el Hombre de las Gafas Negras*, un violador, ese coche es mío, trabajo en los laboratorios «Fantibasa», en la Avenida de América, me raptó ayer, ayer por la tarde, se lo juro.

—¿El hombre de las gafas negras? Bueno, mire, yo no leo novelas de miedo, salga y cuéntemelo después, no conozco a ese señor.

—¡El hombre de las gafas negras, el hombre de las gafas negras, el hombre de las gafas negras —ya su voz es un sollozo— y me ha tenido que tocar a mí!...

—Mala suerte; le ha tocado a usted y no estoy dispuesto a que nos toque a los dos; si puedo evitarlo, no quiero verme liado precisamente yo, sería idiota, con tanta circulación en esta carretera que es un desfile de coches no voy a permitir que me toque a mí; le voy a parecer egoísta, lo siento mucho, mire, estoy casado, tengo dos niños, llevo una semana sin verlos, conquese me va a perdonar.

María Jesús, violada, apaleada, hundida, desnuda, ha perdido algo más que la virginidad. Existe una psicología del desistimiento, algo sustituye a la voluntad, un mecanismo psicológico que funciona en el hombre humillado, injustamente atropellado, ofendido, sacrificado, que acepta sin reaccionar, sin oponerse ni resistirse que unos bandidos lo pongan contra una tapia; está perdido y lo sabe y va en un camión al matadero y se pone en pie cuando se lo mandan y mira, como disculpándose, al que lo va a matar, como aquel que iba al lugar de ejecución en un camión descubierto; hacía frío, helaba en la madrugada, el condenado, mustio, tiritaba, y sus vigilantes no tanto, pero también sufrían pálidos, ateridos, aquel viento oscuro, aquel frío mineral.

—Tienes frío, ¿verdad? —le dijo uno de los milicianos.

—Mucho.

—Lo siento, pero no había un coche disponible; ha tenido que ser en esto: mal viaje te estamos dando.

—Pues vosotros peor, todavía os queda la vuelta.

María Jesús se siente intrusa, culpable y sucia. Tiene derecho a ser auxiliada, a ser protegida; ese individuo que habla de su familia y de la hora que es, oiga, señorita, que son las tres, está obligado a darle amparo y ella acaba compadeciéndolo, sí, señor, tiene usted razón, y abre, titubeando, la puerta, como el montañero que sale del refugio a la ventisca y duda un momento; emerge del coche blanca,

herida de luz mercurial, mansa y culpable. Pobre chica, la verdad es que soy un mierda, dejarla ahí, no es humano, y tiene derecho, como me tome la matrícula me empapelan por denegación de auxilio.

—Oiga, señorita, ande suba, qué le vamos a hacer; perdone, es que me he puesto nervioso, compéndalo.

—No, déjelo, si yo comprendo que no es un plato de gusto, gracias, déjelo, por aquí pasan muchos coches...

—Suba, suba, que se va a enfriar.

Entra otra vez María Jesús y se acurruca; quiere llorar, pero no se atreve, ¡no llores que es peor!, su padre no deja llorar a nadie, si os creéis que llorando me vais a convencer, estáis listas; contiene el llanto apretando los párpados, el llanto puede poner más nervioso a este hombre a quien la casualidad ha entregado su cuerpo arrasado y su anonadación. Está en deuda con él, no tiene derecho a empeorar las cosas con lágrimas; al contrario, lo justo sería una sonrisa agradecida, imposible, ni aunque intentaran hacerme sonreír a la fuerza, obligarme amenazándome con la navaja, no podría; es más fácil dejarse violar...

—Querrá usted ir a la comisaría ¿no?; eso es lo malo, ahora lo comprende, ¿verdad?, no me hacía gracia recogerla, qué vamos a hacer, no, no, por favor, no piense que se lo reprocho, olvídelo, soy un ser humano y lo hago con mucho gusto, ea, no llore, ¿a qué comisaría quiere ir?

—¿Así?

—Oiga pues es verdad, me estoy portando como un imbécil, perdone, hágase cargo, esto no ocurre todos los días.

Augusto frena y arrima el coche al arcén. Avergonzado, confundido, sabía que algo estaba fallando, se sentía torpe, inútil junto a la chica en cueros, y de pronto lo ve claro, cómo no he pensado en esto, qué animal, sólo me duele lo mío, me lamento ¿de qué?, de nada, una incomodidad, menos que un pinchazo, que cambiar una rueda, me quejo, mira que es mala suerte la mía; pobre muchacha, ya ni se

queja por no molestar, mala suerte la suya, primero tropieza con el de las gafas negras y luego con un tonto.

Sin salir del coche, se vuelve hacia el asiento de atrás y levanta la tapa de la maleta. Hurga entre la ropa y saca un suéter con un pantalón que entrega a María Jesús.

—Tenga, póngase esto y perdone; no se me había ocurrido, ya ve, lo primero que debí hacer.

María Jesús lo coge, se tapa como sin saber qué hacer, otra vez la mirada de perro herido, de fugitivo, un fugitivo a quien le diesen ropas extrañas a su raza, a sus costumbres; las necesita y apenas se diferencian de pantalones y camisas que ella misma usa, no sabe por dónde empezar, las aprieta contra su cuerpo, las despliega como para ponerse las y vuelve a colocarlas sobre el pecho desnudo.

—Vamos, qué espera, es un suéter y un pantalón.

María Jesús es, ahora, otro gesto, otro pudor, un mirar azorado mientras da vueltas a la ropa y mira de reojo a Augusto.

—Perdone, señorita, ahora caigo, no doy una, claro que sí, la dejo sola, salgo un momento. Vístase tranquila, estaré de espaldas, no tema, no voy a mirar.

La ropa, el contacto con la ropa, el cuerpo y aquella ropa en la mano, ahí empezaba la desnudez verdadera, la sonrojante, la desnudez de la muchacha observada, espía da en el momento de vestirse.

La otra desnudez es despojo, *criminal ultraje*, palidez, no rubor, *consumado el criminal ultraje*, diría un periodista joven e *inexperto*, o un periodista viejo, bolígrafo de plantilla, intoxicado de recortes, reminiscencias, adjetivos impenables, voraz, *pavoroso*, *egregio*, frases hechas, *hábilmente interrogado*, *tormenta (se desencadenó, eso es lo primero, las tormentas se desencadenan, escapan y arrasan los cultivos) con gran aparato eléctrico, país eminentemente agrícola, egregio visitante, el colegiado, eminentemente ganadero, tanto la madre como la recién nacida, voraz incendio, insigne escritor, violento seísmo, fuentes general-*

*mente bien informadas, imponente manifestación de duelo, ovación de gala, eminentemente agrícola, estudiar en profundidad, concienciación, criminal ultraje, es otra desnudez, desgracia, atropello, no es lo mismo desnudarse al borde de una piscina en un acto de liberación que estar desnuda por causas de fuerza mayor, desnudez de quirófano, de naufragio, de incendio. Pero vestirse, ponerse la ropa a solas con un desconocido en la intimidad última, mínima, del coche, es la desnudez fuera del paraíso y antes del infierno; en el infierno penan, blasfeman desnudos, no pecan ya, son pecado, son el pecado; María Jesús, estás sola con un hombre, desnuda totalmente, desnuda, en cueros, Joven desnuda en un coche. Viajaba en cueros con un hombre.*

—Si necesita algo más, dígamelo.

—Gracias.

Augusto sale a la carretera; un caballero, es así como se porta un caballero; no es curiosidad culpable ponerse de costadillo y, disimuladamente, mirar; mirar de reojo a la chica, quién sabe si va a reaccionar o seguirá enajenada, cata-tónica, y no voy a pasarme toda la noche haciendo el caballero, ya está bien de recoger víctimas, yo también he sido víctima, me han violado el coche y el regreso. María Jesús se está vistiendo muy de prisa, un momento, a la luz de las altas farolas fluorescentes aparecen fugazmente el vientre que se eleva desde la oscuridad y el vello del pubis que desaparece al instante cubierto por el pantalón prestado, caramba, he debido darle un *slip*, son modernos, como los de ellas, ahora no sé si decírselo, qué torpe estoy con esta chica, se puede pillar los pelillos con la cremallera. Se le encoge el ombligo sólo de pensarlo.

—Oiga, voy a darle un *slip*, ¿quiere?, son como braguitas, es un momento.

—Es igual, no se moleste, ya ha hecho bastante por mí.

—Sí, sí, tenga, está limpio. Espero aquí fuera; hágalo tranquila.

Pasan varios coches, cabritos, podíais haber venido un poco más temprano, que he tenido que cargar con el cachondeo del criminal y con el aperreo de la víctima y encima pensarán que nos estamos dando el lote, la gente es mal pensada, siempre el sexo, amantes de carretera buscando el rincón oscuro, el pequeño desierto alcahuete, la complicidad del arcén para el amor urgente de los adúlteros sin apartamento, de los señores maduros con las jovencitas desenfundadas, del ejecutivo con la telefonista, del médico y la enfermera, del marica vergonzante y el puto callejero, del profesor y la alumna, del cuñado y la cuñada, somos dos canallas, mi hermana no merece que le hagamos esto, debo estar loca perdida, y si se entera mi novio, calla, calla, chiquilla, es el amor, yo debí casarme contigo pero eras una cría; el arcén alcahuete, a su lado pasan sin detenerse, no quieren saber nada de ese coche parado, quita, quita, a lo mejor es una trampa.

—¿Una trampa? ¡Qué va! Dos que se estaban dando el lote; hacen falta ganas, qué incómodo.

—El amor nunca es cómodo: tienes que aceptar el juego, las pejugueras, escribir, hablar por teléfono, enrollarte todos los días, y casi siempre, pagar la compra. Y encima desnudarte, vestirte... una lata.

—Qué poca gracia tienes, Pepe.

—Oye, ¿no sería tu marido con una wiskera barata?

—O tu mujer; también le gustan las wiskeras baratas.

Cada coche que pasa de largo lleva su historia, sus gentes buenas y malas; un matrimonio va rezando el rosario. También piensan que la pareja del arcén no es trigo limpio.

—Entonces ¿vamos a la Dirección General de Seguridad, a la Puerta del Sol?

—¿Así? Claro, así tengo que denunciarlo, que vean lo que me ha hecho —ya no gimoteaba; es como si hablasen de elegir un cine o un bar—. Bueno, y si no, mejor lléveme